



El susurro mágico de los niños

Una historia ambientada en un remoto lugar donde unos niños, guiados por la inocencia y sus ganas de soñar, protagonizan un recorrido a través de los mundos alquímicos sin saberlo.

*“En el corazón todos tenemos un caballero
lleno de valor, que siempre está listo para
volver a ponerse en viaje”.*

- Gianni Rodari -

El susurro mágico de los niños

Copyright

Título del libro: El susurro mágico de los niños

Autor: Santiago Fernández

2020 © Santiago Fernández

www.diltoro.com

Zürich - Schweiz

DERECHOS DE AUTOR.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

La idea para este cuento me fue sugerida hace mucho, mucho tiempo, en un lugar donde el sol y mis sonrisas dejaron de danzar. Con suma delicadeza atesoré aquella historia hasta que pude dar vida a todos los personajes iluminado por sus sonrisas y su bendita inocencia.

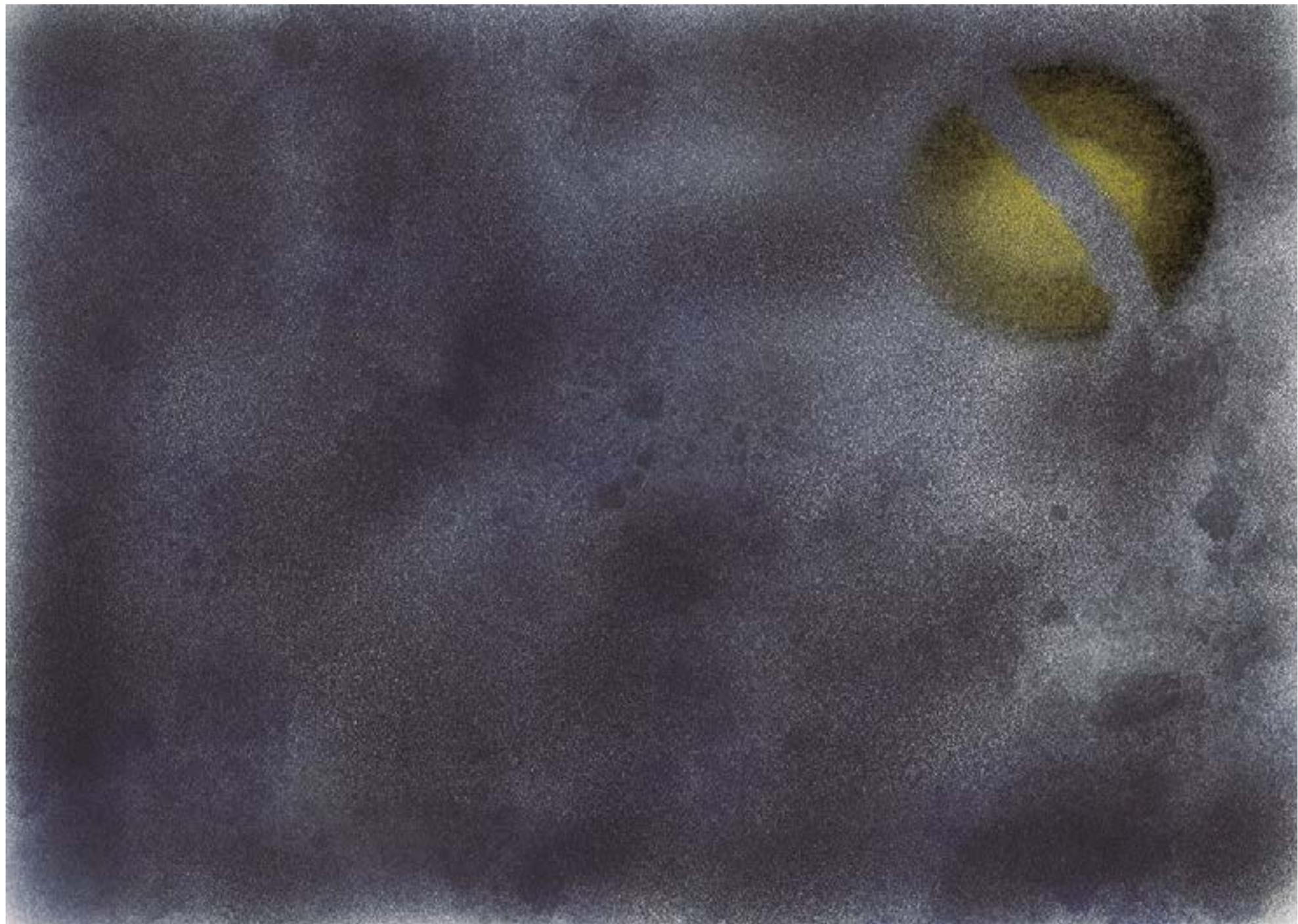
Dedicado a : Li, Ha, Pa, Ch, Le, Sh y Lu.



El susurro mágico de los niños.

Esta es una historia ambientada en un remoto lugar donde unos niños, guiados por la inocencia y sus ganas de soñar, protagonizan un recorrido a través de los mundos alquímicos sin saberlo. Su inocencia será la protagonista y el eje principal de este cuento.

Lo que les voy a contar ocurrió hace mucho, mucho tiempo, en un lugar donde el sol y las sonrisas de los niños danzaban alegremente hasta que un día inesperado, mientras jugaban, todo se tiñó de gris, el sol se partió en dos y las cuatro estaciones desaparecieron. Desde entonces las sonrisas de los niños dejaron de brillar y también dejaron de soñar.



Durante mucho, mucho tiempo la tristeza invadió el corazón de todas sus gentes. Una de aquellas tristes mañanas los niños decidieron ir a ver a una bella y sabia anciana que habitaba cerca de su pequeño pueblo. Deseaban preguntarle si alguna vez había conocido los colores y las sonrisas, deseaban saber donde estaba el sol y todas las flores de este mundo. Su curiosidad los llevó hasta aquella pequeña morada y decidieron poner fin a sus dudas.



La anciana los esperaba y vestía una manta roja que abrazaba con delicadeza. Cuando tuvieron delante a la anciana no tuvieron tiempo a preguntar, pero sí a saber. La frágil voz de aquella mujer no esperó a despejar las dudas de aquellos niños.

—Berbel, un brujo malo y oscuro las encerró en su castillo, — dijo ella de una manera dulce—, desde entonces permanecen encerradas allí. Pero cuenta una antigua leyenda que cuando algún niño riegue ese jardín con el rocío, el hechizo se romperá y de nuevo, las cuatro estaciones y todos los colores volverán a brillar en este mundo.

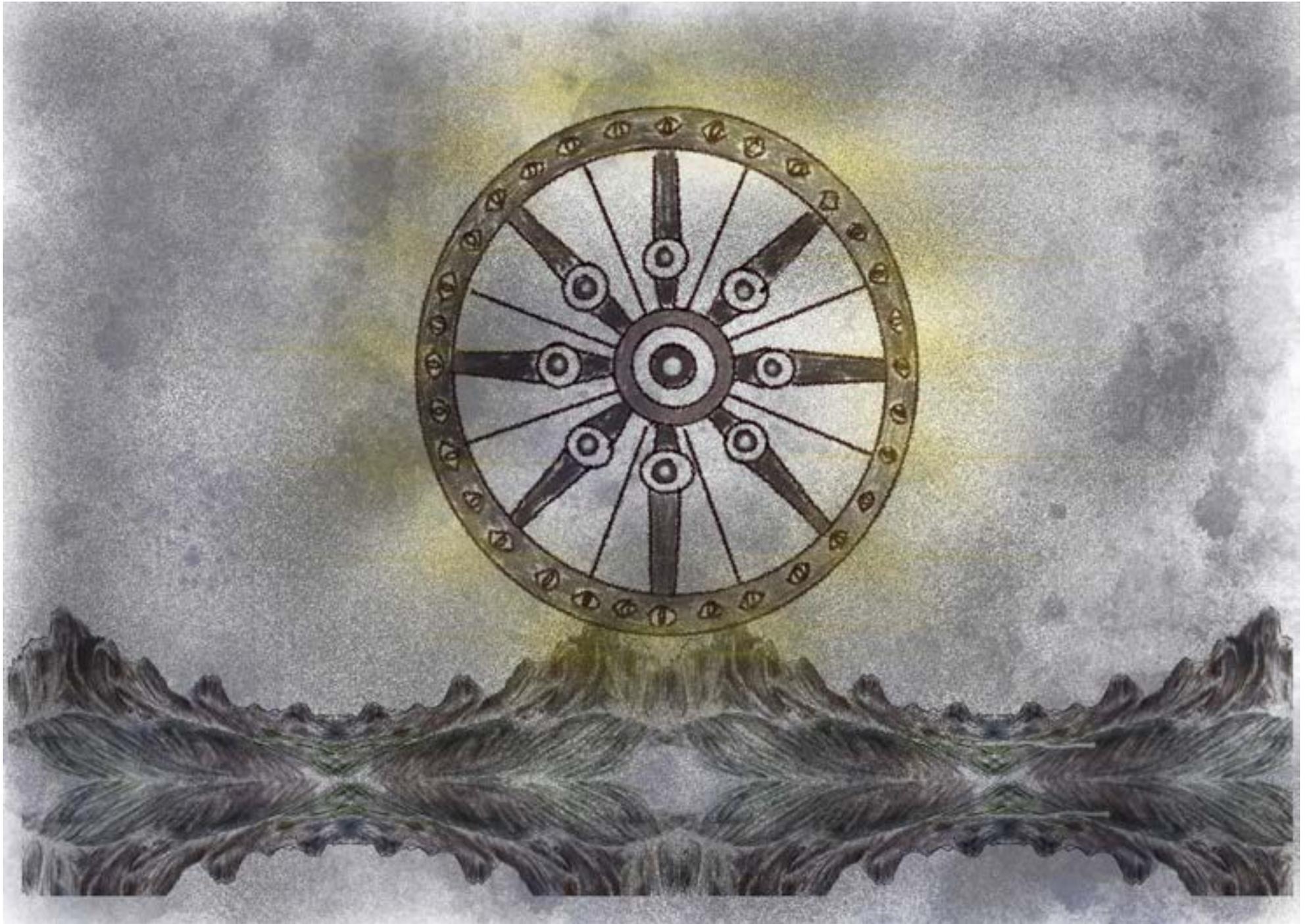
—¿Y dónde encontraremos el jardín de las flores invisibles y, el agua del rocío? — preguntó uno de los niños.

—Lejos de aquí —respondió la anciana—, en la tierra del frío. Pero antes de partir debéis encontrar la rueda de los mil ojos, esta os ayudará a encontrar lo que buscáis. Tomad este camino...



No muy lejos de allí encontraron un mecanismo en forma de rueda, una estructura roída, de hierro oxidado que estaba graciosamente adornada por los mil ojos que la contorneaban. Mil ojos que observaban toda la inmensidad de las cosas, el infinito y la tristeza del lugar.

—***iNunca antes había visto tantos niños!*** —exclamó la rueda.



Atraídos por aquel artilugio extraño formaron un círculo alrededor de él y, entonces, se produjeron los primeros sonidos que indicaban que se movía, que tomaba velocidad y que giraba y giraba. Lo hizo de tal forma que todos aquellos ojos se cerraron. Todos menos uno que, parpadeando, insinuó el camino que debían seguir.

Siete inocentes almas en camino, tratando con valentía liberar las estaciones de las garras de Berbel. Siete nobles almas desfigurando la oscuridad y abrazando, de una manera noble e inocente, una aventura que cambiaría sus vidas para siempre.



Se adentraron en el bosque y, en una de las crestas de aquellos grandes pinos, tranquilo y expectante, un cuervo de cabeza blanca los observaba. Uno de aquellos niños se acercó hasta el vigoroso tronco del árbol y se dejó llevar por el murmullo de aquel cuervo, de aspecto extraño y que, posado allá en lo alto, contemplaba la escena.

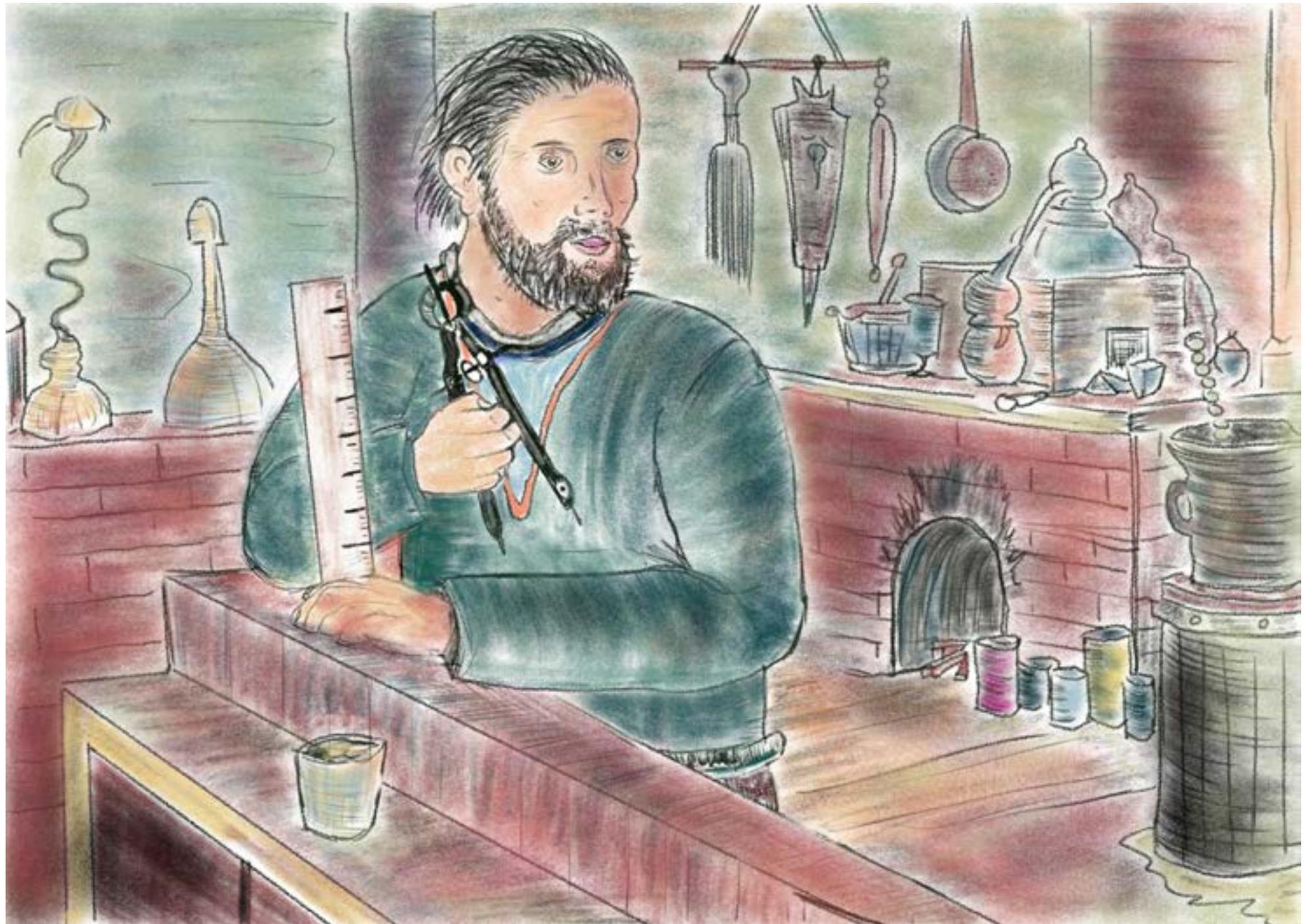


—*Prestad atención queridos niños*— dijo el cuervo con voz ronca desde lo alto—. ***Atravesad el sendero hasta llegar a un viejo puente de esmeraldas, cruzarlo y subir la montaña roja. En su cima encontraréis una cueva en la que habita alguien especial.***

Y fue así como puso fin, extendiendo sus grandes alas negras y batiéndolas hasta difuminarse en la oscuridad del cielo.

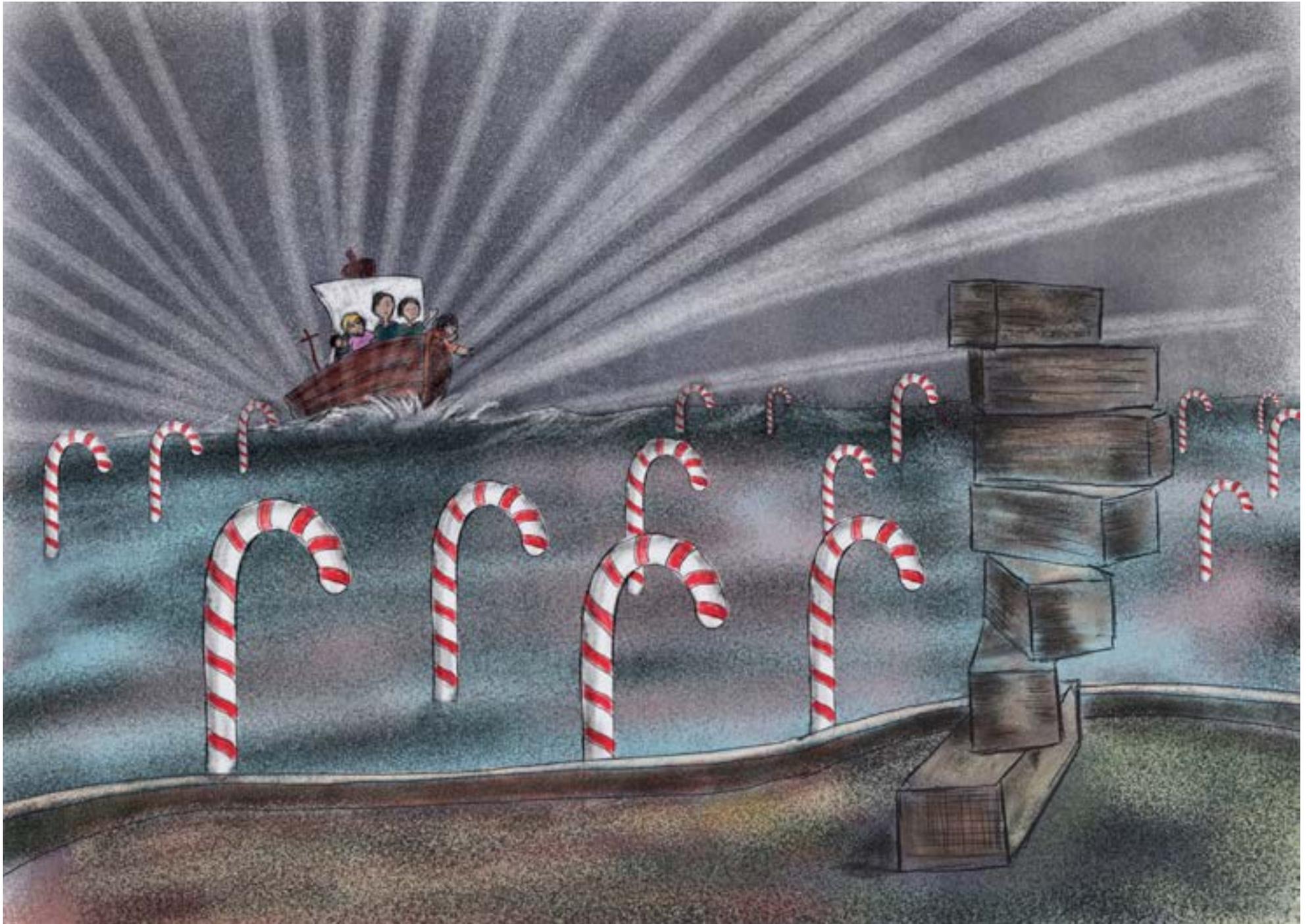


Cuando finalmente alcanzaron la cima se encontraron a un hombre, de mirada esquiva y rodeado de los artilugios más extraños que pudiesen imaginar. Fascinados por todo lo que allí vieron decidieron preguntarle por todos aquellos cacharros. El hombre, casi sin inmutarse, respondió tomando una de aquellas reglas y el compás de manera valiente: ¡Yo soy el hombre que mide el mundo! Aquello desconcertó a los niños y se produjo un silencio que ninguno quiso romper. Y así fue como el hombre, con uno de aquellos compases, señaló un punto lejano en el cielo. Era la estrella que más brillaba de todo el firmamento y la que los guiaría.



El viaje se prolongó algunas jornadas. Cruzaron en un pequeño bote el mar de las golosinas, divisaron la isla que no aparece en los mapas, el valle de los naranjos gigantes y la imponente escalera curva de siete peldaños que los conduciría hasta un maravilloso paraje: El estanque dorado. De sus profundidades comenzaron a sonar unas notas musicales que atraparon de inmediato a los niños. Atraídos por la belleza de aquellas notas se acercaron hasta su orilla y se dibujó el reflejo de una esbelta figura femenina sobre sus aguas. La figura no dudó en mostrarles algo muy especial: una esfera luminosa que portaba en sus transparentes manos.

—*¿Veis?* —preguntó la mujer de una manera dulce—, ***Si sois capaces de no perder vuestra inocencia, la música de las esferas os acompañará en vuestra aventura. Tomad la esfera y dejad que os conduzca hasta la tierra del rocío.***



Un nuevo valle descubriría el camino por el que aquellas siete almas, de pronto, se vieron sorprendidas. Dos figuras blancas y radiantes, que a lo lejos contrastaban con la tenebrosa oscuridad de aquellas tierras, escurrían, con sumo cuidado y delicadeza, los lienzos teñidos por el rocío. Aquellas dos damas gemelas, conocedoras del hechizo, habían preservado el lugar y desde entonces recolectaban el preciado líquido, siempre al amanecer y en unas fechas muy precisas del año. Eran las poseedoras de un secreto milenario que por fin pondrían al alcance de algunos...

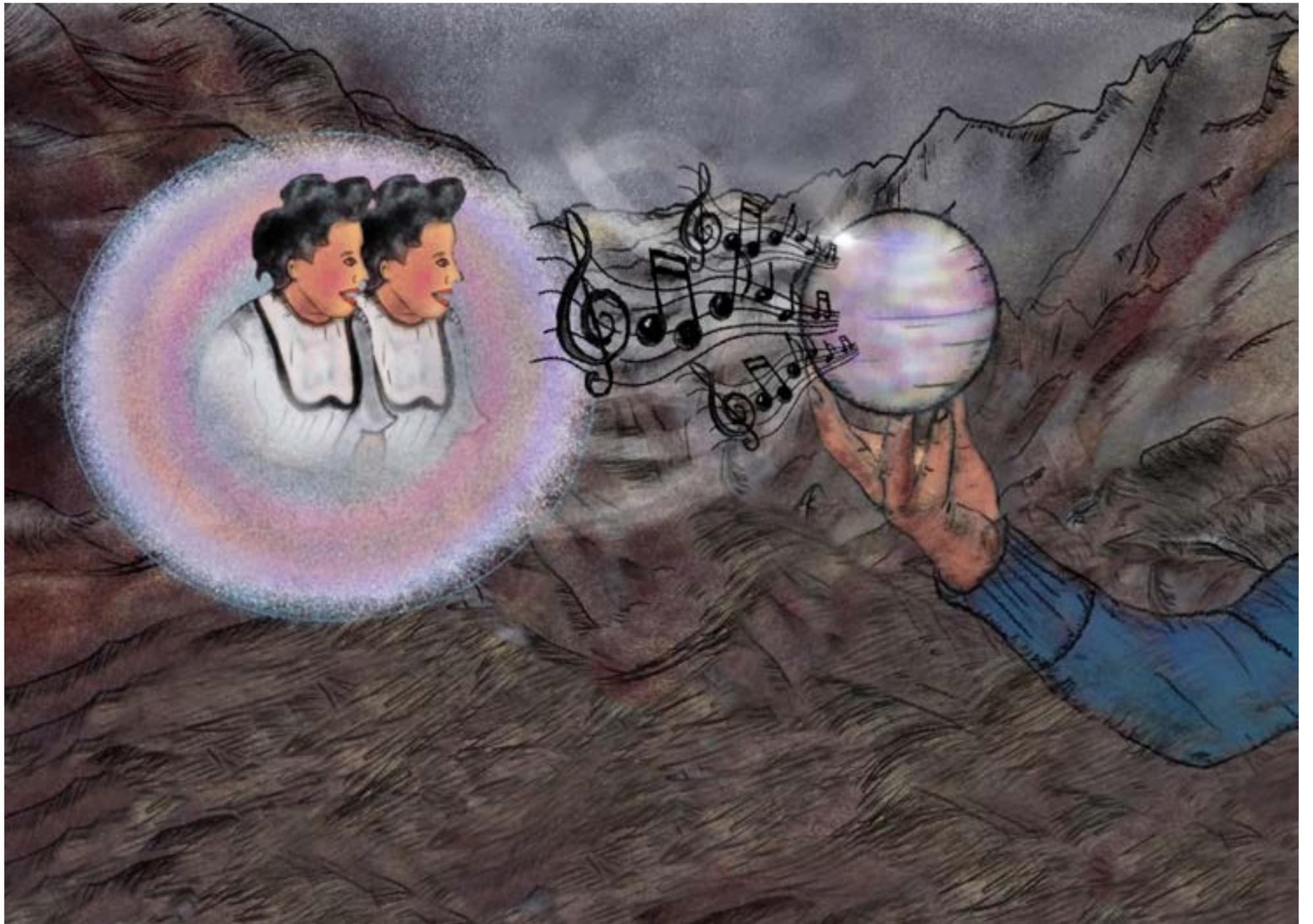
—***Os estábamos esperando*** —pronunciaron al unísono las dos damas.



Se produjo un silencio inmediato, aunque de una manera tímida se vio roto por la música que producía aquella esfera. Desde que les fue entregada nunca había dejado de sonar y embelesar aquellos niños con sus melodías y su magia. Las dos damas, cautivadas ahora también, supieron con certeza que debían poner su secreto en las manos de aquellos chiquillos. El trabajo de toda una vida.

—Tomad esto, es el rocío que muy pronto necesitaréis —pronunciaron de nuevo al unísono las dos damas—. **Ahora debéis iros, tenéis un duro camino, aunque muy pronto aquella estrella os indicará vuestro destino.**

—Y recordad que mientras podáis escuchar esa música —señalaron ambas de nuevo la esfera—, **vuestros sueños estarán vivos.**



Caminaron y caminaron hasta poder atravesar el paso de las montañas rosadas. Caminaron sin perder nunca de vista aquella estrella que los acompañaba hasta que el río negro se interpuso en su camino y algo inesperado sucedió. De pronto una tormenta glacial, como nunca antes habían visto, congeló el río, las montañas cambiaron de color y la estrella, que hasta entonces había dibujado su aventura, dejó de brillar. Corrieron a toda prisa atemorizados por la ferocidad de la tormenta, buscando cobijo en cualquier lugar para resguardarse de su fiereza. No lejos de allí, se asomaban las luces de una pequeña casita de madera situada en la otra orilla del río. Corrieron como jamás lo habían hecho, cruzaron un retorcido puente que parecía no tener fin y por fin, casi al borde de sus fuerzas, se encontraron frente a una robusta puerta de madera a la que golpearon con todas sus fuerzas. Una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces, cuando por fin se abrió de una manera muy pausada, sin prisa alguna. Desde su interior asomó un rostro azulado y enigmático que les dio la bienvenida, pero al que no atendieron. Entraron a toda prisa alborotados dentro de aquella casa y no tardaron en arremolinarse alrededor de una vieja estufa de leña. El hombre les dio algo para comer y esperó a que saciaran su hambre y entraran en calor. Finalmente, el azulado rostro decidió articular unas palabras que no resultaban nada nuevas para aquellos niños.



—Os esperaba desde hace ya algún tiempo —dijo el hombre azulado— *la música de las esferas me lo anunciaron.*

—Acercaros a esta ventana que os mostraré algo único —dijo el hombre.

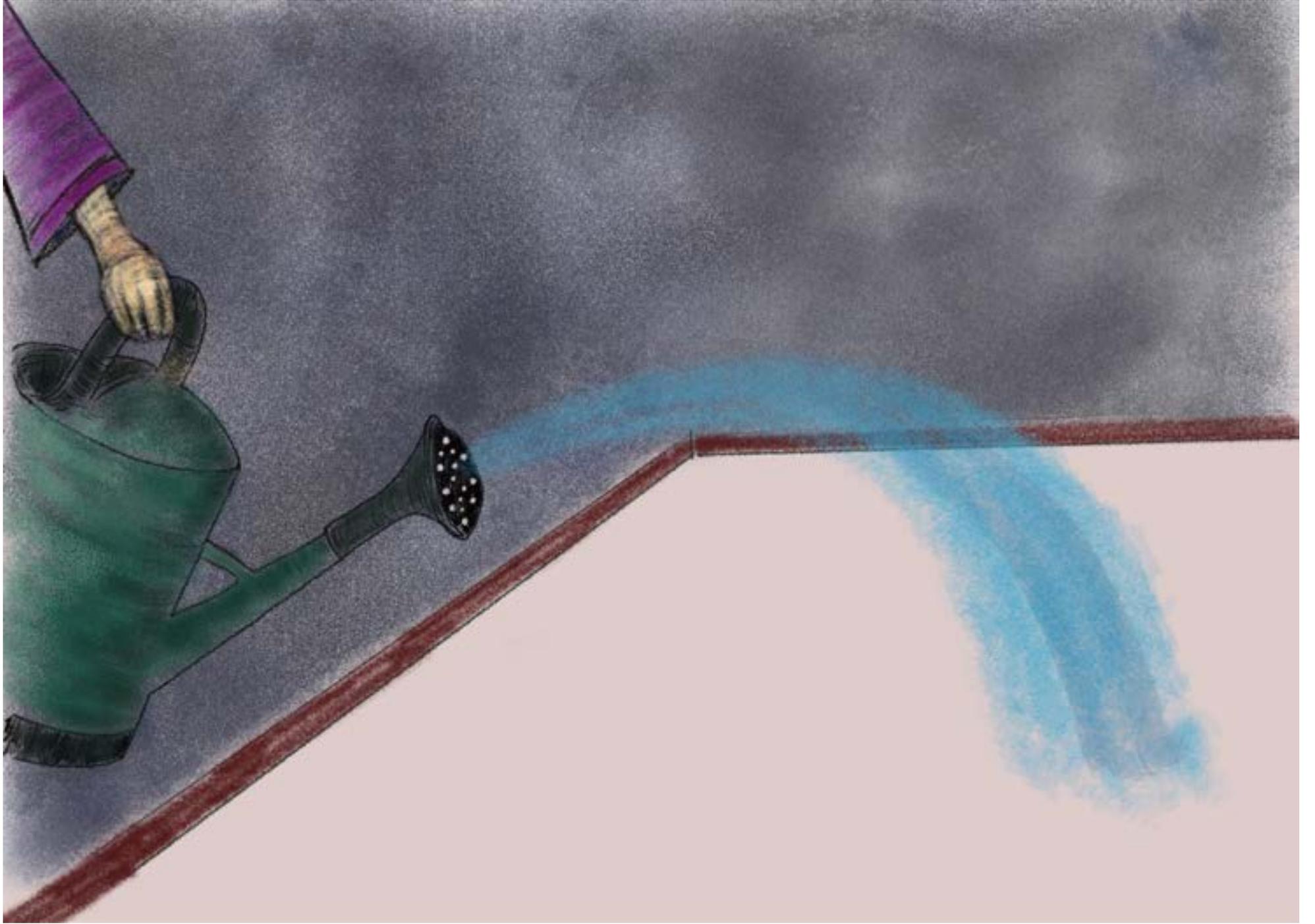
Su dedo apuntaba fuera, hacia la nada. Mientras el silencio, ahora solamente roto por aquellas melodías que producía la esfera que portaban, sirvió para que el hombre volviera a dirigirse a ellos.

—*Habéis llegado al final de vuestro viaje, el jardín del que os habló aquella bella y sabia anciana lo habéis encontrado* —dijo él apuntando con su dedo.

—*¡Ahí no hay nada!* —exclamó uno de aquellos niños también apuntando con su dedo.



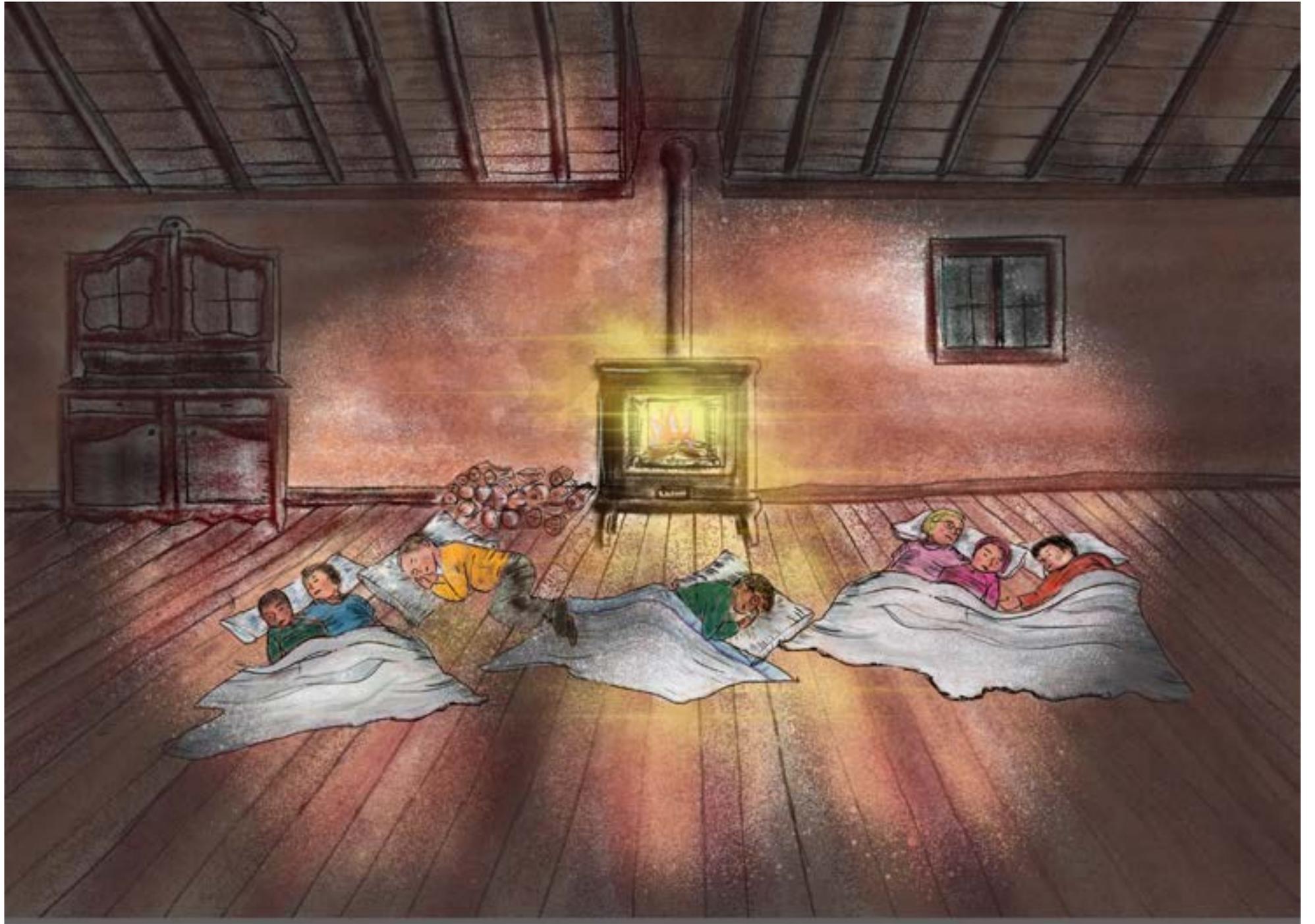
Ese es el jardín del que tanto os han hablado; el jardín de las flores invisibles. No esperéis más. Regad ese jardín con el rocío que os entregaron y hacedlo con la ilusión que solamente un niño puede poseer. Romped el hechizo.



La más pequeña y atrevida del grupo tomó uno de aquellos recipientes que las damas les habían entregado y abrió la puerta sin el mayor de los temores. La invisibilidad de aquel jardín se vio rota por el momento mágico, cuando las primeras gotas se encontraron con la nada, y de la nada brotaron las flores y con ellas la belleza. El poder del sol volvió a brillar y una inimaginable variedad de plantas y animalitos volvieron a dar vida a todo aquel lugar.



El mundo de nuevo volvía a estar en orden y toda aquella explosión de belleza no tardó en sumir a los niños en un profundo sueño. Durante muchos, muchos días prolongaron aquel sueño y cuando quisieron despertar se dieron cuenta de que cada uno de ellos era capaz de crear las historias más maravillosas jamás hasta entonces contadas. Y por fin comprendieron que soñar es crear y que crear significa vivir.



- FIN -



Aquí puedes construir tu propia historia a partir de estas preguntas.

¿Qué hubiese pasado si el cuervo con la cabeza blanca no les hubiese dicho a los niños donde podían encontrar al hombre que mide el mundo?

¿Qué hubiese pasado si las cuatro estaciones nunca hubiesen desaparecido?

Aquí puedes dibujar la historia que acabas de escribir.

